



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Maravillosos elementos de éxito

Exposición del Mensajero del Eterno

**L**A Palabra divina nos da maravillosas y sublimes enseñanzas. Bienaventurado el hombre que la escucha y la pone en práctica. Por cierto, es para nosotros una cosa inefable saber lo que contribuye a la vida, y poder aplicarnos con todo nuestro corazón en llenar las condiciones que la producen.

Es el amor que manifestamos a nuestro alrededor que nos caracteriza como seres vivientes. Si somos indiferentes, esto significa que somos seres muertos. Si tenemos animosidad en contra de los que tratamos, esto significa que somos un foco infeccioso que disemina la putrefacción y la muerte.

En cambio, si es el amor verdadero, el amor altruista que nos anima, entonces adoptamos los principios de vida, y transmitimos automáticamente a nuestro alrededor el poder de la bendición y de la gracia del Señor. El apóstol Juan nos dice: "El que ama ha conocido a Dios, el que no ama jamás lo ha conocido."

Si un miembro de cualquier denominación religiosa a que pertenece no ama, aunque sea prelado o papa, jamás ha conocido a Dios. Incluso si el tal conoce muy bien los principios de la verdad, pero que no los aplica, tampoco ha conocido a Dios.

El amor es el poder de la vida. Donde falta el amor se recoge inevitablemente tribulaciones, decepciones, desalientos, penas, heridas, y finalmente la muerte. Esto es inevitable, porque sólo hay dos caminos, el camino del amor que hace vivir, y el camino del egoísmo que hace morir.

Es el egoísmo que impide amar. Por tanto, es preciso que nos pongamos a amar para vencer el egoísmo en nosotros. De esta manera, finalmente, quedará el egoísmo totalmente borrado y al mismo tiempo la muerte será vencida. Es este maravilloso proceso de vida que el sacrificio de nuestro querido Salvador nos permite. El vivió a favor de nosotros el amor divino, que es más fuerte que la muerte.

Los que no tienen amor, tampoco se benefician de protección verdadera y durable. Mientras que, como lo dicen las Escrituras, el amor, la misericordia y el perdón cubren una multitud de pecados. El amor es más fuerte que la muerte.

Mucho les agradaría a los seres humanos tener una vida llena de felicidad y de alegría, pero nada hacen para obtenerla. Hacen todo lo contrario y, por eso, no pueden conseguirla. Tienen goces ficticios de un momento, pero que no duran, y en los días consecutivos sienten siempre decepción. Si no quisiéramos respirar, no podríamos vivir. Si no comiéramos, tampoco podríamos conservar la vida. Igualmente, nos debilitaremos si no damos a nuestra mentali-

dad el alimento y la respiración espiritual que ella necesita.

El alimento que necesita el hombre es el amor, no en primer lugar el amor que recibe, sino sobre todo el amor que manifiesta a su alrededor; esto es lo esencial, es un generador inefable de vida. Si amamos la vida, pues, nos conviene estar bajo el espíritu de amor, que es el espíritu de Dios.

Sin duda los seres humanos poseen cierto amor: ¡pero cuán mísero es! Se engañan con falsos razonamientos de una manera fantástica. Buscan su propia satisfacción en el amor que dan a su alrededor, y así caen en falso. Cuanto más quieren beneficiarse en esta dirección, más se perjudican, porque el egoísmo no puede producir sino Ja desgracia.

El espíritu sectario es la influencia por mediación de la cual el adversario paraliza a los seres humanos y los impide salir de su reino que instauró en la tierra. Es él que ha puesto todas las barreras entre las naciones y formado las sectas; es él que incita a los seres humanos a las animosidades, al odio, a los celos, sentimientos que pululan en su reino y cuyos principios llevan a la destrucción.

Tan pronto como nos elevamos por encima de estas barreras y de estas nubes, experimentamos que todos los hombres son nuestros hermanos; debemos, pues, ayudarlos y estimularlos, procurarles todo lo necesario para ilustrarles la verdad y el Reino de Dios.

Si la cristiandad fuera cristiana, todos en ella se amarían; se alegrarían de prestarse mutuamente servicios y de completarse con mucho afecto. Considerarían como un privilegio ayudar a su prójimo, darle la prioridad y rodearlo de afecto. Así habría maravillosas manifestaciones en la tierra.

Así en la tierra nada apremiaría, puesto que la vida estaría asegurada. Es lo que se manifestará en el Reino de Dios. Es solamente cuando no se tiene la vida asegurada que apremian las cosas en todos los sentidos.

Todo depende siempre de los sentimientos del corazón. Cuando amamos a alguien y que le manifestamos amor, esto nos beneficia. Cuando no le amamos y que le tenemos antipatía, esto nos perjudica. Cuando le tenemos aversión a una persona, es como si tuviéramos algo sentado en la boca del estómago, y nos repite siempre como el hipo; no lo quisiéramos, pero nos repite continuamente.

En efecto, es de veras algo que tenemos sentado en nuestro estómago espiritual, y que no logramos digerir; nos consume mientras permanecemos egoístas. El egoísmo se manifiesta por medio de la animosidad y de los malos pensamientos.

Por tanto, como conclusión, podemos constatar que la salud del hombre depende de su carácter. El que tiene un buen carácter, obtiene de él gran ventaja, mientras que el que está lleno de preocupaciones y de ansiedad se perjudica mucho; pues le corroen toda clase de sentimientos que le hacen sufrir.

Cuando somos suspicaces, celosos, autoritarios, nos sentimos continuamente descontentos, ofendidos, heridos en nuestro orgullo, y sufrimos muchísimo. En cambio, si hemos adquirido cierta humildad, porque el amor se ha desarrollado en nuestro corazón, experimentamos inefables alegrías en rodear de afecto al prójimo, en hacerle bien, en regocijarse y darle ánimo.

Por eso, si estudiamos la Palabra divina en su forma práctica, y procuramos vivirla, es muy distinto de una teoría cualquiera enseñada por una religión. ¿De qué sirve escuchar sin verdadero interés y orar sin sentir las palabras que se dicen?

Los que sólo aceptan la teoría, se conducen así la mayoría de las veces. Hacen de prisa una oración antes de comer, lo más corto posible para terminar pronto, y simplemente para cumplir con su deber. No es un sentimiento espontáneo del corazón, expresando entusiasmo por el Eterno, y por su glorioso carácter.

El apóstol Juan dijo: "Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos." Por tanto, si hay algunos que nos ponen nerviosos, es indispensable que nos acerquemos a ellos para aprender a amarlos. Esta es la solución que hemos de considerar. Cuando hemos llegado a amarlos a todos, e incluso a nuestros enemigos, hemos pasado de muerte a vida.

Es sencillo amar a nuestro prójimo, hacerle el bien y, si todavía no le amamos, aprender a amarlo. Yo quise a toda costa amar a mí prójimo y busqué la manera de hacerlo para conseguirlo. A fuerza de buscar, me pregunté: "¿Por qué aman tanto los padres a sus hijos, sino porque se abniegan por ellos?" Entonces seguí haciendo deducciones y me dije: "Si hay alguien a quien no amas, abniegate por él hasta que hayas aprendido a amarlo."

Podemos agregar a esto el maravilloso principio divino: "Sólo el que renuncia a sí mismo puede ser mi discípulo (es decir el que realiza el amor altruista)". Si queremos poner todo esto en práctica, podremos en poco tiempo hacer progresos maravillosos.

Podemos fácilmente darnos cuenta de que el obstáculo consiste siempre en nuestro propio yo, el yo egoísta; es éste que nos hace tropezar. Apartémoslo, pues, para despejar el camino. Naturalmente, para lograrlo conviene seguir íntegramente los caminos del Eterno, que nos

procuran una grandiosa satisfacción, pues si Dios nos protege ¿quién podrá causarnos daño? Si aceptamos la prueba, cuanto más quieran perjudicarnos, más el Señor nos protegerá y bendecirá.

Estas no son cosas que aprendemos en las universidades, en las escuelas de teología, ni en las diferentes denominaciones religiosas. En ellas se aprende a ser un sectario, un egoísta, porque reina la confusión.

El que hace la voluntad divina mora bajo la sombra del Omnipotente; no le acontece ninguna desgracia; el Eterno le protege maravillosamente, Experimentamos ya magníficos ejemplos de esta grandiosa protección; debe ser nuestro constante alimento y el motivo de nuestras conversaciones.

Es el Reino de Dios que ha de ocupar nuestros pensamientos. Todas las demás conversaciones son vanas e inútiles; sólo tienen por efecto impedirnos que nos concentremos en los sentimientos que ayudan al desarrollo de la nueva criatura.

En la guerra mundial, nuestros queridos hermanos y hermanas fueron magníficamente protegidos de todos sus peligros. Sin embargo, muchos de ellos no estaban en la situación conveniente de corazón; pues había muchas cosas que no estaban conformes. Al guardar el Señor a todos los queridos hermanos y hermanas, quiso mostrarnos cómo, en cualquier ocasión, podía proteger a sus queridos hijos.

Naturalmente, en la tribulación que viene, si queremos beneficiar de esta protección, es indispensable que hagamos todo lo necesario. Ahora estamos sobre aviso, y debemos también realizar la equivalencia.

Si estamos en la nota, ninguna fuerza tendrá poder contra nosotros. Pudieran caer más de veinte bombas en torno nuestro, no seríamos alcanzados; pero como lo repito, es preciso que hagamos lo necesario.

¿Qué conviene hacer? Dar nuestro corazón en las diversas experiencias que se presenten a nosotros; acostumbarnos a tener siempre este sentimiento: "Como quieras Señor." Entonces el diablo no puede hacer nada, porque seguimos el principio del renunciamento a nosotros mismos.

Desconfiemos, pues, de nuestro viejo hombre, que siempre desea hacer su voluntad, que quiere siempre tener razón, y que nunca está decidido a obedecer. Debemos obligarlo a doblegarse y decirle: "¡Pasarás por aquí!" Sólo de esta manera podemos lograr dominarlo completamente y ser amos de nosotros mismos. Por tanto, es un combate diario, pero un combate maravilloso. Cuando la victoria es conseguida, para siempre somos vencedores del mal y de la muerte.

El adversario ha puesto todo al revés en la tierra; lo ha arreglado todo a su manera, y ha hecho tomar a los seres humanos una cosa por otra. El les ha dado la nobleza, ¡pero qué lastimosa nobleza, que sólo es un barniz! La verdadera nobleza la adquieren los que siguen los caminos divinos, porque desarrollan un magnífico carácter. Estos pueden ser llamados hijos de rey, porque han llegado a ser viables. Por eso son hijos de Dios según la maravillosa acepción del término.

Un rey es el que tiene la vida eterna. Adán era el rey de la creación terrenal, cuando estaba en armonía con su Creador. Antes se dirigían a los monarcas, diciéndoles: "Oh rey, vive eternamente"; pero era tan sólo una adulación,

porque ese pobre rey acababa siempre en la podredumbre del sepulcro; por consiguiente, era un falso rey.

Todo es imitación en el reino del adversario. El amor también ha sido imitado, ¡y qué miserable imitación! ¡Qué abominable sustitutivo es el amor diabólico! Cuando las personas están enamoradas, han perdido la sana noción de las cosas; es como si estuvieran ebrias. Cuando vuelven en sí, se dan cuenta de que no es lo que habían pensado, y entonces sufren una espantosa decepción.

En efecto, no es posible amar verdaderamente con el espíritu del adversario; pues para amar se necesita una base. Esta base es una mentalidad noble y desinteresada. No es una nobleza traduciéndose en una partícula nobiliaria, o en un título de barón o de príncipe.

En el mundo corren en pos de esto; honran mucho a los que tienen títulos y dinero, porque cuentan con sacar una ventaja de estas personas acomodadas. La causa y el fin, es siempre el egoísmo, la búsqueda de sí mismo y de sus ventajas personales.

En cambio, los que siguen los caminos divinos no se ocupan de sí mismos en primer lugar, sino de la colectividad. Se esfuerzan en amar al prójimo, hacerle tanto bien como sea posible. Es así como forjan su propia salvación, al trabajar en la salvación de los demás.

Respecto a mí, cuando un día ha pasado sin que haya podido hacer el bien, es para mí un día perdido. En cambio, cuando se presentan muchas dificultades, y que tengo muchas ocasiones de renunciar a mí mismo, de ayudar y de sostener a mis hermanos y hermanas, de olvidarme personalmente a favor de mi prójimo, estoy profundamente regocijado.

Entonces me siento íntimamente asociado a la bendita obra de nuestro querido Salvador. Es así como podemos sentirnos completamente incorporados en el Reino del hijo de su amor. Estamos en una alegría desbordante, porque nos sentimos ocupados de lleno en el ministerio de un sacerdote y sacrificador.

El adversario ha encadenado a los seres humanos de una manera verdaderamente fenomenal; esto de todas maneras, por medio de las autoridades, de las religiones, y también de la vocación que ha dado a cada ser humano. Ha fabricado abogados; pero hay un solo verdadero abogado, nuestro querido Salvador, que es nuestro abogado ante el Padre.

Satanás ha fabricado médicos. En realidad uno sólo es médico, gran médico de nuestras almas, nuestro querido Salvador, que hizo la paz por nosotros con la sangre de su cruz. La curación que viene de nuestro querido Salvador es tan radical y tan completa que cuando somos curados por él, podemos permanecer vivos, y no hay más enfermedad posible. Esta curación requiere una completa educación, manifestada en la escuela de Cristo.

Los que han reconocido los caminos divinos y que han entrado en esta maravillosa escuela, experimentan todo el poder, toda la belleza y todo el valor de esta magnífica educación, que les conserva la vida, les da la viabilidad y les procura la bendición del Reino de Dios. Esta bendición no es seguida de ninguna decepción ni de ninguna tristeza, porque entonces nos hemos transformado definitivamente en hijos de Dios.

Si no somos sensibles a la paternidad del Eterno, si no tenemos la sensación de ser un hijo de Dios, aunque oremos continuamente:

"Padre nuestro que estás en los cielos", estas son palabras huecas y no surten efecto alguno. Es preciso que de la abundancia de los sentimientos filiales por el Todopoderoso, el corazón hable, sienta y se exprese.

Somos llamados a introducir el Reino de Dios en la tierra. Este no se introduce con media consagración, medio celo, media convicción. El Señor quiere combatientes que estén deseosos de ser completamente fieles, que son valientes para luchar contra sus pensamientos, y que dejan todo a favor del Reino de Dios.

Podemos ser unos para otros maravillosos estímulos en la carrera. Por ejemplo, cuando un hermano o una hermana se encuentra muy atribulado por una prueba, por no tener la suficiente capacidad de recibir el maravilloso socorro del espíritu de Dios, podemos ser para él un consuelo inefable. Podemos procurarle un maravilloso estímulo con nuestra actitud honrada y sincera, viviendo fielmente la verdad como un verdadero hijo de Dios.

De esta manera podemos ser un magnífico confortamiento, una grandiosa bendición para nuestros muy amados hermanos y hermanas. Aunque sea sin decir palabra, es también una palabra a su tiempo, puesto que lleva maravillosos frutos. El ejemplo vivido tiene un considerable poder de acción.

En cambio, si nos asociamos al mal, o si lo aprobamos con nuestro silencio, damos un miserable testimonio. No somos entonces una bendición ni un estímulo para los que entran en contacto con nosotros. Somos directamente culpables.

Es preciso tener el valor de llamar la atención de nuestros hermanos o hermanas del peligro en que incurren cuando no están en la nota, y pagar por ellos si somos un consagrado, para que puedan recobrase.

La herida de un amigo prueba su fidelidad. Esta es una palabra a su tiempo por excelencia, cuyo exacto sentido no siempre se comprende de buenas a primeras. Por tanto, hace falta amar mucho para atrevernos a decir la verdad, y para que el único deseo que nos anime sea procurar el bien a nuestro prójimo, considerándolo tan precioso como el nuestro.

Vemos, pues, todos los matices de esta palabra dicha a su tiempo, la cual debemos ser siempre capaces de llevar, con palabras o con hechos, reflejando el carácter divino a la honra del Omnipotente y de su Hijo adorable.



### Preguntas para el cambio — del carácter —

1. ¿Disminuye nuestro egoísmo, aumenta nuestro afecto fraternal y llevamos impresiones de amor, de humildad y de alegría?
2. ¿Hemos podido hacer vibrar siempre las cuerdas del perdón, de la misericordia, renunciado y progresado en la bondad?
3. ¿Hemos procurado sostener, combatir nuestro egoísmo, estimular, captar y comunicar la influencia divina?
4. ¿Progresamos en la pureza, la filiación divina, y rechazamos toda ansiedad?
5. ¿Nos guardamos en toda ocasión de acusar, de sospechar, y somos un reflejo de la gracia divina, existiendo para el bien?
6. ¿Tenemos una fe viva y son nuestros sentimientos amables y desinteresados, nos olvidamos en favor del prójimo?